

El subtítulo de este capítulo es la frase que utiliza el Conde de Roscommon (fallecido en 1685) en su *Essay on Translated Verse* para aludir a la reticencia de los traductores de su época a traducir ciertos aspectos del Universo de Discurso homérico, es decir, determinados objetos, costumbres y creencias considerados inaceptables en su propia cultura. Este capítulo, que se basa en una comparación entre distintas traducciones del funeral de Patroclo (*Iliada* xxiii) y de las gestas bélicas de Idomeneo (*Iliada* xiii), analizará las actitudes de los traductores hacia el Universo de Discurso del texto original en relación con el Universo de Discurso de su propia sociedad.

En esta actitud influye mucho el estatus del original, la imagen de sí misma que tiene la cultura a la que se va a traducir ese texto, los niveles de dicción que en ella se consideran aceptables, el público receptor y los «guiones culturales» a los que ese público está acostumbrado o que está dispuesto a aceptar.

El estatus del texto origen puede variar mucho, desde el centro a la periferia, tanto en la cultura origen como en la cultura término. Un texto que es central en su propia cultura puede no ocupar nunca esa misma posición en otra, como he demostrado en el capítulo anterior con el análisis de los intentos por adaptar el *qasidah*. En el caso de Homero, cabe decir que la *Iliada* fue un texto central

en su propia cultura, y se convirtió en uno de los textos más importantes de la cultura europea occidental (sin importar qué lenguas hablaba esa cultura) hasta aproximadamente la época de Roscommon. Para decirlo con Macpherson, «Las naciones menos imparciales se han contentado con dar un segundo puesto al favorito entre sus propios poetas, y otorgar el primero a Homero» (1:i).

La imagen que de sí tiene la cultura término no es ni constante ni inmutable. Se puede afirmar que una cultura con una mala imagen de sí misma dará la bienvenida a la traducción (y a otras formas de reescritura) de textos procedentes de otra cultura o culturas que considere superiores. La cultura del Renacimiento francés, por ejemplo, respeta sin reservas a Homero. Esta actitud persiste en las reescrituras de Homero —en forma de crítica y traducción— firmadas por Madame Dacier.

En la cultura término francesa de los siglos XVII y XVIII, fue la Academia la que definió la dicción apropiada para la composición de obras literarias. Esta dicción, extremadamente restringida, en la práctica les impedía a los traductores incluir ciertos elementos del Universo de Discurso homérico, aun si deseaban ir más allá de los límites de lo *agréable*. Sencillamente, las palabras no estaban allí. O mejor, las palabras estaban allí pero su uso en una obra literaria no era considerado aceptable. El simple uso de este tipo de léxico hubiese condenado automáticamente una traducción a una existencia subliteraria, haciendo que se la rechazase por «vulgar», sin importar qué otras virtudes tuviera. Una vez más, la situación es, algo diferente en Inglaterra, pero la dicción poética de mitad y finales del periodo agustano permite establecer una clara analogía.

Un «guion cultural» podría definirse como el modelo aceptado de comportamiento que se espera de quienes desempeñan ciertos papeles en una determinada cultura. Los franceses del siglo XVII tenían un guion cultural muy bien definido para el papel de «rey». Ese guion lo había dictado Luis XIV. No se ajustaba de ningún modo a los reyes de Homero, a la mayoría de los cuales los franceses de *gout* hubiesen considerado nobles venidos a menos. Dicho con palabras de De la Motte:

No vemos una multitud de oficiales o guardias alrededor de los reyes; los niños de los soberanos trabajan en los jardines y guardan los rebanos de sus padres; los palacios no son ni mucho menos soberbios, ni las mesas suntuosas. Agamenón se viste solo, y Aquiles prepara con sus propias manos la comida que ofrece a los embajadores de Agamenón (192b).

Igualmente, allí donde los soldados de Homero simplemente se sientan tras dejar la leña que se usará para la pira funeraria de Patroclo, Madame Dacier les obliga explícitamente a esperar órdenes, tal y como se suponía debía hacer un buen soldado en el guion cultural que decía lo que los buenos soldados tenían que hacer en su época. En la traducción de Macpherson, Aquiles no sólo pone los méchones que se ha cortado en las manos del difunto Patroclo: lo lleva a cabo con tanto esmero como lo haría un buen escocés.

Puesto que la mayoría de las traducciones de los siglos XVII y XVIII de los clásicos griegos y latinos se hicieron para personas que sabían bastante o incluso mucho griego o latín, el valor informativo de la traducción era bastante bajo. De hecho, se podía no traducir o «embellecer» determinados aspectos del Universo de Discurso homérico simplemente porque la mayoría de lectores eran capaces de comprobar lo que se eliminaba o se añadía al original.

Traducción,
reescritura
y la manipulación
del canon literario
D. Leferere